

Francisco Luna y Cristina Elorza, ISEI-IVEI.

fluna.arcos@gmail.com / elorza.kristina@gmail.com

EDUCAR AL RITMO DE LOS PRIMEROS AÑOS

El Consorcio Haurreskolak, creado en el 2003, agrupa a 232 centros de Infantil repartidos por todas las poblaciones del País Vasco. Es una entidad pública que depende del Departamento de Educación y de los 176 ayuntamientos vascos consorciados, que representan el 95% de la población vasca. En la *haurreskola* de Basurto, situada en un barrio de Bilbao, trabajan con niños y niñas de 0 a 2 años en un ambiente acogedor y seguro, con criterios básicamente educativos, basados en el respeto hacia los ritmos de cada criatura, en el fomento de su autonomía y en la observación permanente.





Son las 8.45. Alex, un niño de 18 meses, llega agarrado de la mano de su madre. Antes de entrar, se asoma por el cristal de la puerta del aula y, sonriendo, levanta los brazos y golpea con sus manos. Algunos de los niños y niñas que están dentro, con cierto alborozo, se acercan a la puerta y, tras el cristal, intentan juntar sus manos con las de Alex. Al entrar, varios le tocan e intentan decirle algo. “Hola, Ane –dice la madre de Alex–. Pero si ya dices cosas. ¡Qué bien!”. Tras este saludo, cada criatura vuelve a lo que estaba haciendo.

“Es importante –señala Jasone Llona, una de las educadoras del grupo– mostrar mucha tranquilidad y ser conscientes de los pasos a dar en este momento de la llegada. Nunca vamos a arrebatarse al niño del adulto, por mucho que le cueste separarse, sino que esperamos que la familia nos lo ofrezca y coja confianza. Lo que queremos es lograr un apego seguro y eso exige respetar los ritmos y los comportamientos”.

Al entrar por vez primera en una *haurreskola*, el niño o niña y cada familia obligatoriamente deben pasar por un periodo de adaptación muy pautado que dura diez días, durante los que el tiempo de estancia es más reducido y este se va incrementando paulatinamente. Las familias, los primeros días, pueden incluso acompañar a su hijo o hija dentro de la propia aula.

La madre de Alex, como todos los días, entrega el termo con la comida caliente y sobre el armario de la entrada del aula deja la agenda, en la que, entre otros aspectos que desee la familia destacar, informa de cómo ha descansado, a qué hora ha desayunado o qué comidas hará el niño y quién vendrá a recogerlo. Alex, al ver marchar a su madre, hace un gesto como de ir a llorar, que desaparece al llamarle la atención una caja y dos tubos de cartón que están en el suelo. Enseñada se incorpora a la dinámica del grupo.

Libe, de 14 meses, intenta recoger piezas de diverso tamaño y material que están por el suelo y meterlas en un bote de metal. Cuando no acierta, se queda parada, mira la pieza caída y busca a la educadora, que le anima para que ella siga con el juego. De pronto, Peio, de 17 meses, que está en otra zona del aula, da un golpe en el suelo con una lata, que llama la atención de Libe y provoca que se acerque. Varios más también se aproximan e intentan repetir el ruido con lo que encuentran a mano.

UN ESPACIO SEGURO Y ATRAYENTE

El aula es un espacio con muy pocos obstáculos, con muebles a su altura, donde se mueven libremente. Se organiza en varias zonas. Un espacio de relajación, con un espejo grande, una alfombra y un banco corrido que sirve de división con el resto de la sala; allí tienen almohadas, muñecos de trapo o fotos de cada familia pegadas en la pared. Otra es la zona presimbólica, donde pueden encontrar piezas de cocina como pequeñas ca-

cerolas, platos y alimentos de plástico o cucharones. Una tercera se dedica a la actividad motriz. Y, finalmente, en el centro del aula, una pequeña rampa con varios cajones en escalera les sirve para trepar, resbalarse o lanzar objetos.

No hay juguetes llamativos ni artefactos especiales que generen sonidos o llamen la atención con luces. Todos son materiales habituales, se pueden encontrar en la vida cotidiana o en la naturaleza. “Hemos observado –señala Jasone– que son capaces de hacer lo mismo con este tipo de recursos. Sin la presión de conseguir lo que el adulto espera o el propio juguete requiere y sin que el material sea específico o de uso exclusivo para una determinada actividad. Lo normal es que se interesen mucho por cosas a las que damos poco valor: cajas y latas, cartón de rollos de papel, una mazorquita sin granos que intentan meter en tubos de cartón... La idea es que manipulen sin condiciones, haciendo todos los intentos que quieran, así interiorizan aprendizajes y van siendo conscientes de sus capacidades. Las familias nos han ayudado mucho con los materiales”.

Los trece niños y niñas de entre 1 y 2 años que componen este grupo de la *Haurreskola* Basurto están al cargo de dos educadoras. “De cara a los niños, cada educadora es el referente de la mitad del grupo –comenta Leire Martínez, otra educadora–, pero eso no implica que no nos ocupemos de todos en cualquier momento. Por ejemplo, a la hora de escribir en las agendas, yo me encargo de los que he dado de comer o cambiado el pañal, pero esto no es algo cerrado, sino que lo va marcando el día. La verdad es que nos entendemos con solo mirarnos; son muchas horas juntas”.

Las educadoras se mueven continuamente por todo el espacio, atendiendo a los niños, recogiendo algunos juguetes y piezas del suelo y colocándolas en su sitio. Hablan siempre en voz muy baja con ellos, con mimo cuando les dicen algo y siempre en euskara, aunque en el grupo solo hay tres familias vascófonas. El euskara es una de las señas de identidad del Consorcio, una lengua que se utiliza como vehículo de comunicación e instrumento de aprendizaje.

LA BÚSQUEDA DE LA AUTONOMÍA

El ambiente es muy tranquilo y el ritmo de todos los niños es bastante relajado. No hay lloros ni gritos. Enekoitz, de 18 meses, se tumba en el suelo e intenta llamar la atención con algunos gestos de lloro. Leire se acerca hasta él, le acaricia la espalda y, con voz suave, le pregunta qué le pasa. No le presiona para que se levante y le deja que siga en el suelo. Al poco rato, sin ninguna queja, se levanta, mira a su alrededor y se acerca a un pequeño grupo que está intentando subir por la rampa situada en el centro del aula.

“Estamos alertas y observando lo que ocurre –aclara Jasone–, porque es fundamental para entender el desarrollo de los ni-

ños, pero tenemos claro que hay que darles tiempo a que ellos resuelvan los problemas. Si hay un conflicto que no son capaces de solucionar, antes de que se angustien nos acercamos para intentar ayudarles a resolverlo; lo mismo ocurre con una caída, cuando vemos que son capaces de levantarse y no es necesaria nuestra intervención, no lo hacemos. Así, de manera autónoma, van a ir haciéndose con herramientas que, en cualquier circunstancia, luego van a necesitar”.

Cada criatura se mueve de manera autónoma y decide en cada momento qué quiere hacer y cómo lo quiere hacer. Las educadoras facilitan las acciones de los niños, evitando peligros o, cuando es necesario, facilitando el movimiento. “Vamos variando el material y ampliándolo –afirma Jasone– en la medida que hay más o menos niños y a medida que van creciendo. Lo normal en otros centros de Infantil es que el educador siente a su alrededor a todos los niños y se convierte en el actor principal. Nuestra idea no es esa, sino ofrecerles ayuda a medida que la van necesitando y solicitando, que sean protagonistas de sus propias acciones”.

Alrededor de las diez de la mañana salen al patio. Es una zona muy amplia, con una gran casa de plástico, triciclos, pequeños carros de la compra, balancines, colchonetas, balones y grandes cajas de cartón. En un lateral, junto a la pared, una pequeña construcción les sirve para probar el equilibrio. En

general, se trata de que a través de distintos intentos motrices sean capaces de lograr un desarrollo motriz global.

Alex juega con insistencia a dar patadas a un balón; en uno de los intentos, el disparo llega hasta un pequeño grupo que está sentado en el suelo. Algunos se levantan a coger la pelota, pero al poco rato se cansan y vuelven a donde estaban o cambian a otra zona del patio. Dos niñas de otro grupo están peleándose por un balancín, se empujan para poder sentarse en el mismo juguete, la educadora del grupo se acerca y, acariciando a ambas, les pregunta qué les pasa y les señala otro balancín igual para que las dos puedan jugar.

En un extremo del patio suenan voces: varios niños y niñas están metidos en una gran caja de cartón, ríen y dan botes de alegría. “El niño –dice Jasone– está interesado en conocer su entorno y actuar por su cuenta con los materiales. Se implica en lo que hace totalmente, por eso es importante un espacio seguro donde se pueda mover y mucha atención y vigilancia directa del educador”.

Parte del patio está descubierto y, debido a la lluvia caída los últimos días, hay una zona mojada, que parece ser muy atractiva para Jon, un niño de 14 meses. Tras danzar un rato, se sienta y toca con sus manos el agua. Jasone se acerca al niño, le sonrío, le señala su ropa mojada y le acompaña al cambiador. “El agua



CRISTINA ELORZA

Ekhi da de comer a la muñeca cuando se acerca el momento de la siesta.

es superatractiva para ellos y lo debemos ver como algo natural y lógico, aunque luego nuestro trabajo será cambiarles. Da pena no dejarle disfrutar de ese momento, pero no podríamos gestionarlo si más niños quieren hacer lo mismo. Lo importante en estos casos es reaccionar con tranquilidad y no escandalizarse”.

Mientras Jasone cuida el tiempo de patio, Leire va preparando las comidas en la cocina que tienen en la *haurreskola*. Es un momento importante, que preparan con especial cuidado. “La clave de nuestro sistema de trabajo es el respeto hacia la criatura en todos los momentos –señala Jasone–; eso supone no cambiarles el pañal como si fueran paquetes, no darles de comer con prisas, hablarles a la cara en cada situación, dedicar tiempo de cuidado individual a cada criatura. En todas estas tareas, que a veces pueden ser rutinarias, todas las *haurreskolak* tenemos un protocolo y una intencionalidad clara, que hemos ido construyendo conjuntamente y que luego adaptamos a nuestra aula y a nuestras criaturas”.

Maite Larrañaga –gerente del Consorcio Haurreskolak del País Vasco desde su creación– señala que la característica básica de estos centros de Infantil es su carácter educativo: “Una *haurreskola* no es un parvulario. Desde el inicio tuvimos claro que todos los momentos son educativos, desde que entran hasta que salen estamos educando, y no íbamos a hacer diferencias según la actividad o el momento del día o el tipo

de personal que estuviera con los niños. Por eso, aunque las dos educadoras pueden tener distinta titulación, ser de Grado Superior o de Magisterio, tienen las mismas funciones y la misma filosofía de trabajo, no hay reparto de tareas según su procedencia, tienen los mismos deberes y los mismos derechos y las mismas condiciones laborales” (véase el texto “Maite Larrañaga, gerente del Consorcio Haurreskolak”).

MOMENTOS DE COMIDA Y SIESTA

A las 10.45 vuelven al aula y comienza el periodo de comidas, proceso que durará hasta las 12.30. Hay algunas familias que cada día traen la comida para su hijo, obligatoriamente en el termo entregado por la *haurreskola*, mientras que otras utilizan el servicio de catering. Este servicio no depende del centro ni del Consorcio, sino que es una actividad contratada y organizada directamente por las propias familias interesadas. Para dar las comidas utilizan un aula adyacente, de forma que el ambiente sea más relajado; un espacio que luego también servirá para la siesta.

A la entrada del patio, Jasone les reparte un trozo de pan: “Para engañar un poco el estómago hasta que les toque su turno de comida”. Cada uno se sienta en un rincón y, sin dejar de jugar, se lo comen con ganas. Leire se lleva a tres

CRISTINA ELORZA



Peio juega concentrado con materiales del espacio de manipulación.

MAITE LARRAÑAGA, GERENTE DEL CONSORCIO HAURRESKOLAK

¿Por qué las *haurreskolak* atienden solo al alumnado 0-2 y no a todo el ciclo 0-3?

Porque en el momento de su creación, el 95% de los niños y niñas de 2 años de Euskadi estaban ya escolarizados en las escuelas y colegios y no pareció coherente tener una doble oferta. Sin embargo, en algunos municipios pequeños donde no hay oferta pública de 2 años, el Consorcio atiende al ciclo completo.

¿Cuántas personas trabajan en el Consorcio?

Entre 1.100 y 1.400 personas, porque solemos empezar en septiembre con alrededor de 4.500 niños y terminamos en julio con 6.000. De manera global, tenemos una persona por cada cinco criaturas. Las aulas de hasta 12 meses tienen como máximo 8 niños, y en las de 1 año, 13, mientras que en las agrupadas no superan los 10 niños. En cada uno de los grupos hay dos personas educadoras.

¿Cómo se selecciona el personal?

El Consorcio tiene capacidad de contratación. Nuestro personal es laboral, pero accede por oposición. Hasta el momento hemos hecho dos convocatorias, a través de las que han conseguido plaza 735 personas, el resto de los trabajadores hasta cobertura de vacante.

¿Cuáles son sus condiciones laborales?

Tienen 1.570 horas, que se dividen en 210 días de trabajo al año por 7 horas diarias. De todas estas horas, 100 deben dedicarse obligatoriamente a formación, de las que 50 las decide cada persona y las otras 50 las organiza el Consorcio con entidades de formación o de nuestro equipo interno de formación, que llamamos Barrutik.

¿Cuál es el horario tipo de las *haurreskolak*?

No hay un horario concreto porque depende de los niños y niñas de cada *haurreskola*. En principio, pueden estar abiertas de 7.30 de la mañana a 5 de la tarde, aunque en algunos casos puede alargarse hasta las 6.30, siempre que haya al menos tres niños. El 60% de las familias tienen a sus hijos 5 horas y el 40% llega hasta las 8 horas, que es el tiempo máximo de estancia diaria de un niño.

¿Cómo es la gestión económica del Consorcio?

El presupuesto es aprobado por el Parlamento vasco. El 80% procede del Departamento de Educación y el 20% de las cuotas familiares, que dependen de la renta de cada familia. Los ayuntamientos ponen el local, toda la instalación y el equipamiento no mueble, y se ocupan del mantenimiento, la vigilancia y la limpieza. El Departamento de Educación se responsabiliza del equipamiento mueble (cunas, juguetes, baldas...) y de todo el personal educador.

niños para darles de comer, Jasone sigue con el resto del grupo. “La siesta, la comida y los momentos de higiene son muy importantes –afirma Jasone– para reforzar la relación afectiva entre niño y educador, por eso deben ser tranquilos y totalmente respetuosos”.

En el aula, el resto de los niños continúan jugando de manera autónoma. Libe le señala con el dedo a la educadora que

quiere su chupete, que está metido en una estructura con cajoncitos con el nombre de cada niño. En la zona de relajación, Sara, una niña de 20 meses, juega a dar de comer con una cuchara a Peio; cuando este se levanta y se marcha, la niña le sigue con la cuchara. Ane, también de 20 meses, se ha puesto unos grandes zapatos de color rojo y se acerca a la educadora para enseñárselos; al verlos, Lur, de la misma edad, que está descalza, le muestra los pies a Jasone, que le pregun-

ta si quiere unas zapatillas. La niña confirma con la cabeza y la educadora le invita a coger otras zapatillas de una caja con elementos para disfrazarse. Vuelve arrastrando unas zapatillas de bailarina. Tras ayudarle a ponérselas, las dos niñas se cogen de la mano, se pasean por el aula y suben la rampa dando trapiés.

Mientras los niños comen, intentan evitar que nadie más entre en la sala. La educadora le habla a cada uno, les ayuda a coger cada vez más autonomía para comer solos. El orden para comer lo deciden a partir de la información que les han dado las familias: “En el caso de que un niño haya desayunado mal, le damos la opción de que traigan un yogur y se lo damos independiente de la hora a la que vengan. Hay niños que han desayunado más tarde, niños a los que el hambre les entra antes. Ya conocemos sus gustos, sus costumbres”. Poco a poco van entrando a comer todas las criaturas.

Acabadas las comidas, la mayoría se van a la siesta. En el aula solo quedan Yago y Peio, porque hoy sus familias vendrán antes a recogerlos. A las 13 horas suena el timbre e, inmediatamente, Yago se dirige a la puerta y nervioso empieza a saltar y a tocar el cristal. Al entrar su madre, va donde están los chupetes y con el dedo le indica que le saque el suyo del cajetín. Tras conseguirlo, coge a su madre de la mano y la lleva

al cambiador y a la rampa. Al salir del aula, vuelve a mirar por el cristal y se despide de Peio.

Tienen tres reuniones obligatorias con todo el grupo de familias, pero de manera individual pueden hacer todas las que sean necesarias, bien porque la familia lo demande o bien porque desde la *haurreskola* vean algo que lo exija. Incluso les dan la oportunidad de que, en algún momento, puedan estar un tiempo dentro del aula.

Jasone realiza sus siete horas de trabajo diarias desde las 8 hasta las 3 de la tarde, mientras que el horario de Leire abarca de las 9 a las 14.10 porque tiene reducción de jornada. Hasta las 16.30, momento en el que ya se marchan todos los niños, viene otra educadora. “A las familias –cuenta Jasone– les mantenemos informadas de todo lo que hacemos, pero no les pedimos que hagan lo mismo ni les damos pautas para que lo hagan en casa. Las familias y la *haurreskola* no somos lo mismo, pero tenemos el mismo objetivo: el bienestar de los niños y niñas. La verdad es que llegamos a casa baldadas, pero merece la pena, nos gusta mucho lo que hacemos”.

Consortio Haurreskolak

Página web: <http://www.haurreskolak.eus>
 Correo-e: basurto.bilbao@haurreskolak.net



CRISTINA ELORZA

Las situaciones de colaboración y disfrute surgen también en el espacio exterior.